

El largo camino hacia la estrella de la mañana

OSCAR VLADISLAS DE LUBICZ MIŁOSZ nació en Czereña, un pequeño pueblo de Lituania, el 28 de mayo de 1877. Murió sesenta y dos años después, en su casa de Fontainebleau, al sur de París. De origen noble, Miłosz padece durante su infancia los arrebatos de un padre desequilibrado, el distanciamiento de una madre muy poco atenta y pasa la mayor parte del tiempo a solas, en los jardines y los salones desiertos de una gran mansión. Hace sus primeros estudios en un liceo de París y muy pronto comienza a escribir en francés algunos poemas. Será su lengua de adopción. Años de estudios y largos viajes por Europa y el norte de África preceden a la aparición de su primer libro, *Le poème des décadences* (1899), al que le sigue *Les sept solitudes* (1906). A este segundo recuento, que contiene los poemas más entrañables de la etapa juvenil de Miłosz, pertenece el poema que aquí presentamos. Están ya en ese libro los temas que lo cautivarán y a los que dedicará su vida: el inexorable paso del tiempo, la búsqueda del amor absoluto, los arduos caminos del conocimiento y el hallazgo de una clave en las ciencias herméticas. Durante sus últimos años, Miłosz —un místico laico— se dedica a traducir e interpretar la Biblia, particularmente el *Apocalipsis*, y a redactar, mediante un largo ensayo, el resultado de una iluminación: *Los orígenes ibéricos del pueblo judío*. “La extranjera” —donde no es difícil notar ecos de Edgar Allan Poe, Baudelaire y Mallarmé— muestra la figura de una mujer adivinada en el cristal de una visión. ¿Fantasma o ente soñado por la imaginación del poeta? Lo único cierto es que le visitará siempre. No en balde, el último poema que escribió se titula “Salmo de la estrella de la mañana”. Durante los años finales de su vida, en Fontainebleau, su más asidua compañía fueron los pájaros del parque. Contaba Guillermo Fernández que Miłosz solía llamarlos por sus nombres y que los pájaros acudían a posarse en sus brazos. En mi traducción conservé las rimas e intenté una versificación semejante en lo posible al poema original. Está dedicada a Hernán Bravo Varela. LC

JORGE ESQUINCA. Estudió Ciencias de la Comunicación. Ha trabajado como editor, traductor, articulista y promotor cultural. Tiene publicados, entre otros, los siguientes libros de poesía: *Alianza de los reinos* (1988), *Paloma de otros diluvios* (1990), *El cardo en la voz* (1991) —con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes—, *Isla de las manos reunidas* (1997), *Uccello* (2005). Ha traducido libros de Pierre Reverdy, W. S. Merwin (su versión de *La rosa náutica* mereció el Premio Nacional de Traducción de Poesía), Henri Michaux, André du Bouchet, Alain Borer y Maurice de Guérin. Ha obtenido becas del Ministerio de Cultura de Francia. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

La extranjera

Nada puedes saber de tu pasado,
nada, seguramente lo soñaste.
Veo tu rostro en la luz grisácea de la lluvia.
Nada sé, nada quiero saber de tu pasado.
A mi vida, al paisaje, noviembre los sepulta.

Tus ojos hablan de lejanas ciudades en la niebla
que no veré jamás,
donde no escucharé mi nombre en tu voz.
Noviembre está en mi alma, noviembre está en la tierra.
Te veo desconocida a través de un tiempo atroz.

Son cosas desde hace ya tanto tiempo muertas
—ya muertas sin remedio—.
La música apagada, la lujuria marchita.
Bien sé yo que noviembre aguarda tras la puerta.
Veo vivir en tu corazón lo que tu corazón olvida.

Tu alma está muy lejos. Tu alma extranjera
es una noche de bruma,
de bruma y sucia llovizna en los arrabales,
donde la vida tiene un frío color de tierra
y sin saber de amor se hunden los mortales.
Tú ya me has visto antes, lo has de recordar,
sí, en otro tiempo, tristemente antes,
donde viejos libros y música eran mi patria,
en una mansión calma de luz crepuscular
y ventanas letárgicas.

El fantasma de las palabras que no recuerdas,
o que nunca pronuncias,
le da un sentido extraño a tu lejana presencia.
Yo puedo leer en el libro de tu silencio
la historia muerta que ignoras, tu misterio.

Mi pálida razón es afán de claridad,
un día de sol antiguo
por la ruta en que tu alegría se unió a tu dolor.
Tal vez todo esto no ha sido jamás,
pero si yo te lo dijera morirías de terror.

Es triste como un día de invierno en las afueras,
donde va la muerte de la ciudad,
como la enfermedad, el luto y la quimera,
como el sonido de unos pasos en una casa extraña,
como la palabra dicha cuando la sombra cae sobre la playa.

Nada quiero saber de tu pasado.
Miro extinguirse el día,
el último día sobre tu rostro y tus manos.
Déjame la dulzura de ignorar los caminos
que al traerte hasta mí emparejó el destino.

Vuelvo a ver en tus ojos la realidad del sueño,
un sueño en otro tiempo ya soñado
y una visión que se abre al sol de un alto empeño.
En el mediodía de la lluvia envenenada,
se diría que toda una eternidad acaba.

Reconozco en ti a misteriosos seres,
viajeros con un destino secreto
vistos antaño en la bruma de los trenes,
donde el adiós es el sonido de todo lo que suena.
A veces me recuerdas una atmósfera de feria

con sus lánguidas luces y su aliento
de podredumbre y vicio,
con su alegría enferma, su canción y su quicio.
El recuerdo nostálgico de una casa de juego
se confunde en el caos de mi enervamiento.

Si yo saliera, ¿qué harías? Si yo cerrara la puerta
tal vez habría de ser
como si tus ojos no me hubiesen visto jamás,
muertos mis pasos en la calle muerta
yo vería la noche en tu ventana y nada más.

Es como si tuvieras que dejarme ahora mismo,
ahora y para siempre,
sin decirme de dónde vienes o si vas hacia el abismo.
Llueve en los grandes jardines desnudos. Tu alma se agita,
noviembre sepulta el paisaje y mi vida.